

## El análisis cultural moderno: *España invertebrada*, de José Ortega y Gasset

---

HEILETTE VAN REE  
*Universidad de Utrecht*

Las ideas expuestas por Ortega en *España invertebrada* (1921) resultan de sobra conocidas: España, a diferencia de Francia y de Alemania, careció de un feudalismo auténtico, y a lo largo de la historia le han faltado minorías rectoras; de ahí que su vertebración como nación sea débil. Varios de los temas esbozados entonces alcanzarán luego un desarrollo cumplido, caso del asunto de la escasez de minorías, al que dedicaría su internacionalmente famoso libro *La rebelión de las masas*. Mas, lo que me interesa estudiar no es tanto la temática orteguiana, cuya bibliografía cuenta con importantes estudios, sino el método analítico empleado para lograr las conclusiones alcanzadas en el libro.

Ortega, en mi opinión, innovó radicalmente el modo de aproximación a la problemática histórico-cultural. Siguiendo el camino abierto por el historiador suizo Jacob Burckhardt<sup>1</sup> y prolongado por el humanista holandés Johan Huizinga, amigo suyo<sup>2</sup>, conjugará los datos históricos de una manera desconocida en los talleres del humanismo español. Las ilustres escuelas académicas nacidas en España a finales del siglo pasado y comienzos del presente, pienso en el gran Centro de Estudios Históricos de Ramón Menéndez Pidal, se preocuparon por la aportación de datos, su suma, el valor estético, sin interesarse por los modos en que condicionaban sus saberes, lo que determinados proce-

<sup>1</sup> Muy famoso es su estudio extenso del renacimiento en Italia: *Die Kultur der Renaissance in Italien*, de 1860. Allí se ve claramente como tras el pesimismo epocal se asoma una confianza en el potencial creativo humano, aunque muy reducido, lo que contrastaba violentamente con el realismo fotográfico del resto de los historiadores decimonónicos. El acercó la historia a la creación, y lo conseguía elaborando un contexto, un tapiz: el texto histórico. Desde él podemos comprender la historia cultural, fijándonos en las conexiones entre los fenómenos, tal y como se crean en el texto histórico, alejado ahora de la tiranía de los hechos.

<sup>2</sup> La obra central de Johan Huizinga (para nuestros propósitos) es *El otoño de la Edad Media* (1919). Utiliza un método histórico que luego expone y comenta minuciosamente en el estudio llamado *La tarea de la historia cultural* (1926).

dimientos de indagación añadían a las investigaciones, el que las prácticas exegéticas predeterminaban en cierta medida los resultados. La obra de Ortega supuso la oportunidad hace tres cuartos de siglo de que el estudio de la cultura española entrara por los carriles del cuestionamiento de las premisas teóricas (metodológicas), tanto históricas como filosóficas, de que a la tradición erudita (desde Pidal, pasando por José F. Montesinos, Federico de Onís, Joaquín Casaldueiro, *et al.*) se le sumará una de interpretación, basada en el contraste de los métodos de análisis. Casi me atrevería a decir filosófica, al estilo francés, alemán, o norteamericano del último cuarto de siglo.

#### UNAS GOTAS DE PRAGMATISMO

Ortega publicó en 1941 un prólogo, «El método de las épocas y la sociedad europea», al libro de Johannes Haller *Las épocas de la historia alemana*<sup>3</sup>. Resume la actitud pragmática con que el filósofo abordó el estudio de la historia, y conviene unas aseveraciones indicadoras de la apertura del análisis cultural moderno en lengua española: ya en *España invertebrada* (1921), y posiblemente antes, el filósofo había manejado en la práctica los conceptos y apreciaciones metodológicas explicitadas en el susodicho ensayo. Diré en abreviatura que intenta acercarse a la historia, a los fenómenos culturales en general, con un talante activista, dispuesto a hacer hablar a la historia, a los textos, sin dejar que sean éstos quienes nos bañen en su resplandor.

La cuestión resulta clave a la hora de estudiar la literatura, la pintura, o la música. Separa a quienes se acercaban al arte con un respeto paralelo al concedido a la religión de cuantos reflexionan sobre sus modos de significar. La obra de arte, y cualquier fenómeno intelectual, se entendía como algo bañado de un no sé qué, ante el que los intelectuales debían respetuosamente agachar la cabeza y dejarse obnubilar por sus efluvios. Mencionamos a Menéndez Pelayo que pertenece, en la crítica literaria, a esa escuela dócil a la manifestación cultural, mientras que Leopoldo Alas y los llamados krausopositivos se rebelarían ante tamaña sumisión.

Ortega explica en «El método de las épocas y la sociedad» que el conocimiento, que tradicionalmente fue una ocupación contemplativa se ha convertido, o él la convierte en una pragmática (152). Y esa pragmática alude a un tipo de análisis que él denomina de «historia analítica» (150). «Es una operación que se *hace* sobre la simple historia» (150; el subrayado es mío). Para él no basta con dejar que el limón rezume, sino que hay que exprimirlo, y la imagen es suya (151). Importa que todo análisis sea una función de la mente activa, de la inteligencia en busca de la verdad, pues ésta se consigue por medio de un esfuerzo activo.

<sup>3</sup> El libro de Haller publicado en Buenos Aires por Espasa-Calpe, viene reproducido en el volumen de *España invertebrada* en la colección de *Obras de José Ortega y Gasset*, editada por Paulino Garagorri, 149-60.

Otra afirmación de Ortega aclarará aún mejor la extensión del pragmatismo orteguiano:

El «método de las épocas» pone de manifiesto el carácter más esencial de la realidad histórica, carácter que las otras maneras de narrarla tienden a ocultar: el de ser una realidad que hay que hacer, que es obra humana, no proceso de la naturaleza, el cual mana mecánicamente con necesidad preestablecida. («El método de las épocas y la sociedad europea» 154).

Encontramos en estas palabras la insólita afirmación de que la realidad histórica hay que hacerla, pues en lugar de emanar de la naturaleza el pensador la construye. No sólo Ortega indica el carácter construido de lo cultural, sino que establece una apertura entre los hechos y su configuración intelectual. Se adelanta a historiadores de la conciencia humana, como el norteamericano Hayden White (*Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, 1973), al sugerir que la historia se compone con materiales distintos a los de la realidad física. Esta existía con prioridad a la llegada del escritor, mientras que la realidad textual supone algo elaborado, hecho por él.

En resumen, la idea que vengo exponiendo contiene dos conceptos: primero, el pragmatismo intelectual, el que el pensador deba intervenir en la realidad para dotarla de un determinado sentido, en lugar de aguardar una iluminación; y, en segundo lugar, el aspecto creacional, el que tras la actividad mental se logre una construcción que explique los fenómenos de la realidad abordados en el estudio.

Miremos ahora cómo este aspecto «activista» se traduce en la práctica historiográfica. En las primeras páginas de *España invertebrada* leemos frases como las siguientes: «Repudiamos toda interpretación estática de la convivencia nacional y sepamos entenderla dinámicamente» (*España invertebrada* 33), y «No conviven por estar juntos, sino para hacer juntos algo» (*España invertebrada* 33). Este dinamismo y este hacer juntos son índices del pensamiento que Ortega desarrolló en el prólogo al libro de Haller, y explican que la nacionalidad no reside en un estar juntos, en permanecer en estática yuxtaposición, sino en hacer algo juntos, un proyecto que aúne los diversos componentes. La idea resulta sencilla, y lo que es más importante, empieza a ilustrar la premisa central de este artículo, que el método empleado para ahondar en el conocimiento de una realidad cultural circunscribe sus conclusiones. ¿Qué va primero, la realidad de cómo se formó la nación española, o el análisis orteguiano impuesto sobre el tema?

Quien diga que es la realidad española la que le ha sugerido a don José la convicción de que las naciones nacen cuando adoptan un programa de actuación conjunta, no yerra. Pero, si pensamos que el método de análisis de Ortega contiene ya el componente conceptual asociativo, el que el hacerse de la historia es un principio dinámico, tampoco deberá negarse que la respuesta sobre el cuál fue el origen de la nación española se halla implícita en el método utilizado.

Ortega entendió que la realidad estaba ahí para ser intervenida, para actuar sobre ella, porque la realidad sólo se explica por la manera en que nosotros

sepamos construirla, o volviendo a la imagen que Ortega aplicó al limón, expresarla.

#### EN BUSCA DE LA ESTRUCTURA PROFUNDA

El profesor de Madrid reaccionó en su obra contra el anticuarismo, ese afinado gusto de los historiadores por escavar el pasado en busca de datos e informaciones útiles para elevar una montaña informativa, que se supone abre las puertas del ayer, y contra la filosofía subyacente: el positivismo<sup>4</sup>. El problema de tal método reside en que los datos suelen recogerse en aluvión, mezclando lo importante con el detalle insignificante. La doctrina de la actividad anticuarista se apoya en la suma y en la acumulación, sin pararse a establecer mayores discernimientos.

La creciente cantidad de publicaciones en la España de los años 20 resulta abrumadora, exigía el apoyo de los esfuerzos de síntesis, que concedieran a las masas de datos un perfil abarcable. Así pues, el abandono de la contemplación como forma de conocimiento, y el relegar el modelo de investigación positivista a la periferia del quehacer intelectual aparecen en la base de la investigación orteguiana. Don José nunca desatendió el trabajo erudito, ni desdeñó lo vocacional ni la competencia de quienes acumulan hechos y saberes. No obstante, la meta de Ortega, en consonancia con la iniciativa pragmática, residía en muy otro lugar.

Al poco de comenzar *España invertebrada* indica el escritor que el ejército español, cuya integridad y misión quedaban destruidas tras el fin de las guerras coloniales allá por el año de 1898, había conocido un resurgir de su carácter como tal ejército nacional cuando en 1909 fue enviado a Marruecos para llevar a cabo una operación militar. Y cito: «El pueblo acuda a las estaciones, para impedir su partida, movido por la susodicha resolución de pacifismo» (*España invertebrada* 57). Sin embargo, el éxito que acompañó a la empresa sirvió para devolver a las armas españolas su conciencia de grupo, las volvió a unificar. Me interesa citar una nota que va adjunta al párrafo donde se explica lo recién dicho. «Que [el ejército] material y técnicamente no estuviese ni esté aún dispuesto, es punto que nada tiene que ver con esta historia psicológica que voy haciendo» (*España invertebrada* 57). Nótese que el ensayista deja de lado los hechos, las particularidades de si la fuerza militar iba bien dotada o pobremen-

<sup>4</sup> Comentando el origen de las ideas filológicas de Ramón Menéndez Pidal y de su escuela José Portolés escribió lo siguiente: «La corriente positivista que guía la labor de Gaston Paris y Francisco Giner de los Ríos predomina como única válida entre sus contemporáneos para autorizar una investigación cualquiera como científica. Esta orientación filosófica no se circunscribe únicamente a la filosofía positiva de Augusto Comte o al determinismo literario por la raza, el medio y el momento de Hipólito Taine, sino que positivista es, según Leszek Kolakowski, término adecuado para calificar una filosofía de la que hallan antecedentes en el medievo y de la que estudia su desarrollo hasta Ernst Mach o Ludwig Wittgenstein» (*Medio siglo de filología española (1896-1952): Positivismo e idealismo* 45).

te avituallada. Esos detalles oscurecerían el aspecto psicológico, o dicho con mayor precisión, conceptual, en el que se quiere detener. La nota a pie de página esclarece que el pragmatismo metodológico se orienta hacia lo intelectual, busca una figura que resuma el significado de unos hechos. Cabría decir que los supera, dejándolos atrás. Estoy segura de que muchos investigadores positivistas o neopositivistas se escandalizarían entonces de afirmaciones heréticas hacia la ciencia decimonónica. En realidad lo que sucede, en mi opinión, es que el escritor buscaba una forma de sintetizar y a la vez de profundizar en el sentido de la realidad histórica española. Los hechos no son nada, según nos enseñan también Hayden White y antes Johan Huizinga, hasta que el pensador los extrae de la cantera de la realidad, esculpiéndolos con la palabra, y engarzándolos en un discurso que les presta su significado.

Unas páginas después Ortega enunciará lo que me parece un concepto básico —lo será muchos años después en manos de los estructuralistas, en especial de Claude Lévi-Strauss<sup>5</sup>— y que denominará la estructura profunda. Asombra el abandono por parte de la intelectualidad española dedicada a lo teórico con que estos conceptos fueron desdeñados. Ortega habló de la estructura profunda treinta años antes de que lo hiciera el antropólogo francés citado hace un momento:

Una nación es una masa humana organizada, estructurada por una minoría de individuos selectos. Cualquiera que sea nuestro credo político, nos es forzoso reconocer esta verdad, que se refiere a un estrato de la realidad histórica mucho más profundo que aquel donde se agitan los problemas políticos. (*España invertibrada* 74).

Aquí distingue entre el estrato de los hechos políticos y el estrato profundo de la realidad. Separa los hechos políticos, aquello que denominamos hechos, de una figura que sostiene desde la profundidad lo esencial de lo real. Para Ortega lo importante era descubrir esa estructura que yace en el fondo. Es curioso que los antropólogos estructurales resultasen muy aptos para describir las estructuras superficiales de la realidad, las maneras en que los hechos se asocian para convertirse en una unidad, mientras sufrieron penalidades sin cuenta cuando les tocó describir las estructuras profundas<sup>6</sup>. El pensador madrileño fue por el contrario un hombre capaz de encontrar el punto en que se equilibran las fuerzas en contraposición que constituyen toda estructura profunda.

*España invertibrada* supone en un principio la búsqueda y definición de la estructura profunda que interpreta las conjunciones de fuerzas étnicas, espirituales, bélicas, culturales, sobre las que se asienta el entendimiento del país. No

<sup>5</sup> La mejor fuente para entender las ideas de Lévi-Strauss sobre estructura es su libro *Structural Anthropology* (1958). Un excelente comentario y explicación del filósofo francés aparece en Edmund Leach, *Claude Lévi-Strauss* (1970).

<sup>6</sup> Véase la explicación que Claude Lévi-Strauss efectúa del complejo de Edipo, en el capítulo 11 («The Structural Study of Myth»), en *Structural Anthropology*.

entro en la cuestión de si la visión orteguiana resulta superior a la de Américo Castro o Claudio Sánchez Albornoz. Únicamente sugiero que se entienda el libro como una propuesta, la de un ensayista dispuesto a elaborar con una decisión y energía inusitadas la imagen textual de España, de ponerla en circulación, de discursivizarla, para que generaciones futuras de investigadores la repasen, al ajustar el fiel de la balanza según se vayan recargando los platillos en que se amontonan las ideas.

El concepto de estructura profunda parece fundamental por cuanto supone una propuesta de modo de conocimiento, y porque anima al intelectual a la elucubración sin dejarse llevar por el pesimismo que genera la imposible acumulación de conocimientos particulares tan abundantes en nuestro siglo.

#### LA MODALIDAD ARGUMENTATIVA ORTEGUIANA

Descritas la actitud pragmática y el fin de ese intento hermenéutico, la desvelación de la estructura profunda, llegamos a otro aspecto esencial de la manera en que el filósofo madrileño reflexionaba: me refiero a los modos empleados para argumentar sus ideas. Basándome en Hayden White insisto en que los modos de argumentar determinan el carácter de lo argumentado<sup>7</sup>. Por tanto, cuando me fijo en este elemento mi interés excede el puro describir el nacimiento de una idea, estoy buscando el *quid* de cómo don José representaba en sus circuitos mentales y textuales la realidad española.

Al estudiar detenidamente *España invertebrada* descubrí que junto al modelo formal aparecía uno de cuño más tradicional, que denominaré organicista. Debo decir que me sorprendió en un principio, pero que con posterioridad me dio la pauta para entender la vitalidad e incluso el sello hispánico de los trabajos orteguianos. Junto a lo formal, el balance de fuerzas dinámicas, de ideas contrapuestas, encontré referencias e imágenes que aludían a España como si fuera una entidad viva, como si bajo la conocida piel de toro Ortega hubiese encontrado un cuerpo cuyos latidos le parecían arrítmicos, enfermizos. En consecuencia, mi punto de partida se dio dislocado, aunque en realidad vitalizó mi trabajo.

#### EL MODELO ORGANICISTA

Al comienzo de la segunda parte aparecen una serie de referencias a España como si esta nación fuera un organismo vivo, que vienen a continuar las presentadas en la primera parte donde se explica que la nación fue producto de una integración de partes. Lo diferente en la segunda parte es el énfasis en que esa integración es la de un organismo vivo. Recordemos el contenido titular del

<sup>7</sup> Las palabras exactas del profesor americano son estas: «Providing the 'meaning' of a story by identifying the *kind of story* that has been told is called explanation by emplotment» (7).

libro, España es invertebrada, la conocemos gracias a un referente a un modelo de las ciencias que divide a los seres vivos en vertebrados e invertebrados.

Refiriéndose a la degeneración de las naciones dice Ortega lo siguiente:

Cuando la masa nacional degenera hasta el punto de caer en un estado de espíritu como el descrito, son inútiles razonamientos y predicación. Su enfermedad consiste precisamente en que no quiere dejarse influir, en que no está dispuesta a una humilde actitud de escuchar. Cuanto más se la quiera adoctrinar, más herméticamente cerrará sus oídos y con mayor violencia pisoteará a los predicadores. Para sanar será preciso que sufra en su propia carne las consecuencias de su desviación moral. Así ha acontecido siempre (*España invertebrada* 79-80).

La palabra clave es carne, el que las naciones deben sufrir en ella las consecuencias de sus malas decisiones, y una vez que esto haya ocurrido recuperarán la salud. Lo importante del empleo de la explicación organicista, de que una nación funciona como un cuerpo, proviene de que la presenta como algo constitutivo, innato, el que las naciones pasan por los mismos ciclos biológicos que el cuerpo humano. Ello implica que un país pasará por su niñez, juventud, madurez, llegando a la ancianidad y decadencia. Huelga que Ortega explique mucho más, porque el lector cuando lee las palabras carne y sanar referidas a un país automáticamente comprende que ese país puede experimentar cualquiera de los estados biológicos enumerados.

El diagnóstico de los males padecidos por la península ibérica llega unas páginas después:

Después de haber mirado y remirado largamente los diagnósticos que suelen hacerse de la mortal enfermedad padecida por nuestro pueblo, me parece hallar el más cercano a la verdad en la aristofobia u odio a los mejores. (*España invertebrada* 92).

España padece una grave enfermedad, y la causa proviene de la falta de minorías, o mejor dicho del odio que la masa siente hacia ellas. Ello ha robado al cuerpo social la «vitalidad» (*España invertebrada* 97) necesaria para una actuación creativa, para generar vidas sanas.

La perspectiva pesimista de Ortega debiera entenderse dentro de los límites en que se produce. No es que yo desee contradecir la opinión del pensador, reitero que el modelo organicista de examinar el problema de España determina su resultado, las conclusiones a que llega. Cuando Ortega afirma que España es un país enfermo, todavía queda la esperanza de que un específico medicinal le haga reaccionar, permitiendo que recobre la salud. No obstante, según vimos hace un momento, calificó a la enfermedad española de mortal, la iba aproximando a un diagnóstico terminal, a una dolencia de imposible recuperación. Ortega repetirá su determinación, llegando incluso a afirmar que el país nunca ha gozado de salud y que el origen del mal reside en el propio sujeto (*España invertebrada* 104).

El método organicista conlleva una fuerte carga retórica, se vale de imágenes atractivas a la emocionalidad de comienzos de siglo, de una masa que sentía todavía a la decimonónica; algunos dirán incluso que el XIX se acaba con el

fin de la primera guerra mundial. Pero esa gente sentía la inquietud por superar, por salir del círculo organicista, tan humano, aunque al tiempo desalentador, que cerraba el futuro, incluso la historia de España.

Si el país vivía sentenciado, de acuerdo con el diagnóstico organicista, casi no merecería la pena molestarse en continuar el discurso intelectual sobre España. Sin embargo, Ortega persistirá en la preocupación, pasando años después a la acción política directa.

La salida del punto muerto la encontramos en el método de entendimiento de la realidad formalista, una manera de analizar, de conocer, que permitía reordenar la realidad de acuerdo a parámetros distintos, con mayor promesa. Mas antes de llegar a este punto, debo detenerme a examinar el punto en que el organicismo y el formalismo se cruzan.

#### NIETZSCHE Y LAS AUSENCIAS

Desde Jacob Burckhardt a Ortega, como señaló Ernst Cassirer, refiriéndose a ellos, la filosofía de la historia, el pensar histórico, ha ido separando la naturaleza humana del historiar. La naturaleza cambia sin cesar, mientras que la historia es un sistema que presupone la existencia no de formas parecidas, sino idénticas (*An Essay on Man* 217-19). Dice, en fin, que si la naturaleza es mudable, el historiador nunca podría fijarla, mientras que si la historia posee una forma ideada por el historiador seremos capaces de fijarla. Así, frente a quienes en el renacimiento estudiaban la naturaleza humana, en la época moderna, a partir de Vico y de Hegel, nació la conciencia histórica, el producto de la civilización humana (Marías, *Historia de la filosofía*).

Insisto en esta cuestión, familiar a los humanistas, para retomar los aspectos donde Ortega se distanciará del organicismo. Recordemos que el método organicista tenía una base biológica, de un claro matiz naturalista; lo que ahora buscamos es el aspecto formalista, mejor dicho los presupuestos que le condujeron a utilizar formas de conocimiento formalistas. Lo apuntado respecto a la adopción de una conciencia sobre el modo de historiar, de cómo la ciencia de la historia se apartó de la naturaleza humana, con el fin de plasmar en estructuras de conocimiento históricas un desarrollo del ser humano inmutable, permite entender que el historiador incluirá un elemento importantísimo, que Cassirer denominará el «being-not» (218), el no ser. Lo que significa que el historiador crea para su quehacer unas formas que resultan abstracciones, no desnaturalizaciones, de modos de existencia.

Ortega, lo advertimos hace poco, gustaba de explicar el problema de España valiéndose de la elaboración de un sistema de fuerzas denominado la estructura profunda. Esto indica que su modo de operar intelectualmente tiende a escarpase del natural, del mundo físico; notamos que incluso dejaba de lado los mismos hechos. Sabía crear esa separación entre lo natural y la creación histórica, humanística.

Resulta interesante comprobar que Ortega percibía la problemática aquí esbozada en *España invertebrada*, y es más, que supo indicar cómo se podía llegar a pensar de la misma manera.

La ausencia de los «mejores», o, cuando menos, su escasez, actúa sobre toda nuestra historia y ha impedido que seamos nunca una nación suficientemente normal, como lo han sido las demás nacidas de parejas condiciones. Ni extrañe que yo atribuya a una ausencia, por tanto, a lo que es tan sólo una negación, un poder de actuación positiva. Nietzsche sostenía, con razón, que en nuestra vida influyen no sólo las cosas que nos pasan, sino también, y acaso más, las que no nos pasan (*España invertebrada* 108).

La referencia de Nietzsche me parece reveladora en muchos sentidos, desde luego por cuanto alude a un modo de pensar innovador en su tiempo, pero hoy bastante conocido y presente en la filosofía contemporánea. Hablo de esa idea central en la filosofía nietzscheana de que Dios ha muerto, frase con la que se abolió toda trascendentalidad en nuestro mundo, dejándonos huérfanos y sin auxilio ante un universo autosuficiente. Miguel de Unamuno escribiría años después su impresionante novela *San Manuel Bueno, Mártir* (1933) en donde el sacerdote protagonista carece de toda fe y creencia religiosa, aunque predica a sus parroquianos con pretendida fe. Este golfo que se abre en la novela duplica *mutatis mutandis* el de Nietzsche.

Don José al citar al filósofo alemán y unirlo a su idea de que el problema de España radicaba en la ausencia de los mejores, ofrece una entrada a su metodología, porque enseña que el pensador jugaba a la hora de conocer con dos grupos de percepciones, la de las presencias y las de lo ausente. En el instante de dilucidar se cuenta con lo percibido frontalmente, por ejemplo sabemos que los españoles han sido un pueblo agraciado por una alta religiosidad, y, a la vez, debemos reconocer que tal característica carece hoy del sentido que tuviera en el pasado, lo que abre un hueco en esa religiosidad. Por lo tanto, al raciocinar conviene combinar el uno con el otro. Esto que parece de sentido común aparece llevado incluso a un extremo, recuérdense de nuevo las palabras de Ortega: «En nuestra vida influyen no sólo las cosas que nos pasan, sino también, y acaso más, las que no nos pasan». Esa contraposición entre lo que pasa y lo que no pasa representa la plenitud, el conocimiento perceptual y fáctico (lo que pasa), y el vacío (lo que no pasa). No obstante, ese vacío está lleno de sonidos, de mensajes, y resulta tan importante como el pensar lleno de sucesos. En fin, Ortega viene a decirnos que su sistema de conocimiento, además de pragmático, es uno abocado a mirar los problemas incluso por los lados que suponemos vacíos; el conocimiento hay que buscarlo en toda manifestación humana, incluso en las mudas. Cabría etiquetar este afán orteguiano de impulso sinestésico.

En conclusión, *España invertebrada* muestra que Ortega estaba radicando su pensar en la realidad de España, pero consciente de que ese conocimiento debía incluir lo que se sabe y lo desconocido, porque en ello quizás estuviese la verdad que se buscaba.

#### EL MODELO FORMAL DE ANÁLISIS INTELECTUAL

En varias ocasiones uno encuentra alusiones a lo visual en *España invertebrada*, y se destaca una sobre el uso del cinematógrafo para llevar a cabo una

labor de continuidad, lo contrario de lo que generalmente se aduce respecto a la función principal del nuevo arte<sup>8</sup>. Allí don José habla del efecto de condensar en unos momentos toda la vida de una planta, desde la semilla que germina a la flor, proceso que el ojo humano nunca podría percibir como tal: nosotros observamos imágenes quietas sin fundirlas en la unidad del movimiento (*España invertebrada* 44).

Lo esencial me parece el que reenfoca, y la imagen es apropiada para el caso, el punto tocado páginas atrás, cuando seguíamos la distinción establecida por el madrileño entre los fenómenos naturales y los históricos. Aquí se presupone el hecho de que la naturaleza evoluciona a su paso, imperceptible a nuestra retina, pero que la cámara consigue captar, para luego y mediante el montaje ofrecer sintéticamente las fases de la germinación vegetal en menos tiempo del que en realidad tardan. Ortega observa en el cinematógrafo un uso del montaje, de la superposición de imágenes, conducente a un afinamiento del conocimiento, en lugar de suponer una fragmentación, la desintegración de procesos, de cuyas nuevas características debemos extraer un innovador significado. El filósofo sostiene que debajo de las discontinuidades existe un proceso totalizador.

Lo que en última instancia derivó de esto es la permanente localización del llamado contenido, de lo significativo en Ortega. Sea cual sea la característica de su metodología analítica, perdura en la sombra la posibilidad de allegar a un todo subyacente. El que comente una aplicación del cine y la conceda un tratamiento tradicional inclina a la apreciación recién enunciada.

Son estas observaciones una especie de advertencias, encaminadas a desdeñar cualquier suposición de que el formalismo metodológico orteguiano apareció puro y en la manera como se manifestó en el conocido formalismo ruso. Aunque cueste atreverse a decirlo calificaré esta metodología formalista de híbrida, porque aparece en cada ocasión contaminada por el organicismo.

Nada más empezar la lectura de *España invertebrada* nos encontramos con el formalismo, y cito las palabras en cuestión para entenderlo:

...incorporación histórica no es dilatación de un núcleo inicial. Recuérdese a este propósito las etapas decisivas de la evolución romana. Roma es primero una comuna asentada en el monte Palatino y las siete alturas inmediatas: es la Roma Palatina, *Septimontium*, o Roma de la montaña. Luego, esta Roma se une con otra comuna frontera asentada sobre la colina del Quirinal, y desde entonces hay dos Romas: la de la montaña y la de la colina. Ya esta primera escena de la incorporación romana excluye la imagen de dilatación. La Roma total no es una expansión de la Roma palatina, sino la articulación de dos colectividades en una unidad superior (*España invertebrada* 29).

Se establece aquí una contraposición entre los fenómenos dilatar e incorporar, entre la idea de una semilla que germina y la unión de semejantes. Para

<sup>8</sup> Cuando pensamos en el cine surge con celeridad la idea de que asistimos a una superposición de planos, de instantes, de perspectivas (aunque no así en películas de directores como Fellini). Ricardo Gullón señaló la influencia del tempo narrativo cinematográfico sobre la novela lírica: el principio de la fragmentación conduce a la fijación del instante (*La novela lírica*).

entender cómo se constituyó el imperio romano se echa mano del concepto de incorporación, del agregado de pueblos, los iberos, los galos, los etruscos, todos cuantos se sumaron, sin perder sus peculiaridades nacionales. Forma de unión distinta a la propia de una familia o de un clan donde el parentesco se establece mediante lazos de sangre.

La cuestión sigue viva, y los debates políticos, en especial en Francia, se centran en si la ciudadanía proviene de nacimiento o no. Los grupos de extrema derecha y centristas abogan por la exclusión de la ciudadanía francesa a quienes nacieron fuera de Francia o si sus padres carecen de dicha nacionalidad. Por el contrario, en países de una larga tradición democrática, caso de los Estados Unidos, un residente puede alcanzar la ciudadanía, una vez cumplidos los requisitos establecidos, sin ninguna otra prueba que el deseo de ser ciudadano norteamericano.

Las comparaciones con la problemática actual exhiben una marcada semejanza con la temática de *España invertebrada*. Parece que la dilatación de un núcleo inicial, la semilla, supone una explicación de nacionalismo cerrada, orgánica, y por lo tanto da la impresión de conllevar una verdad tan evidente como las derivadas de cualquier experimento científico. La importancia de la nueva concepción, del modo innovador de hablar de la nacionalidad española arguye a favor de que entendamos el país, su evolución, a modo de una superposición de pueblos y de costumbres. La nación española surgió cuando una serie de reinos, en concreto las dos grandes potencias del siglo XV, el reino de Aragón y el de Castilla se unieron en el matrimonio de los Reyes Católicos. Antes, los fenicios, los iberos, los visigodos, y demás pueblos habitantes de la piel de toro, cruzaron sus respectivas fronteras y se enlazaron con el fin de crear un conjunto que pudiese acometer empresas de mayor aliento.

Conviene insistir en lo repetido con anterioridad: Ortega y Gasset nunca pudo cumplir su deseo, mirar una película continua de la historia de España. Ese imposible se llevó a considerar la historia de su pueblo de la mejor manera que le cupo, el integrar sus pasajes, con el convencimiento de que así conseguía un entendimiento cabal. Sin duda, se valió del método de su época, del método formalista, porque resultaba el apropiado para el tema.

Varias razones confirman que el análisis formalista, la preferencia por la incorporación de partes a la hinchazón de un núcleo inicial, posee validez. Una proviene de que tanto el formalismo como la idea de la importancia de las minorías aparecen por aquel entonces en el panorama universal de Occidente. La falta de minorías en todo el conjunto nacional se dio también, por ejemplo, en los Estados Unidos. Los dos escritores de mayor relieve en los años 20, Paul Elmer More (*Aristocracy and Justice*, 1915), elaboraron complejas teorías sobre la necesidad de conformar una sociedad educada, de que la elite dirigiese a la sociedad, lo que consideraban absolutamente necesario para la consumación de la aristocracia.

Mi razón primordial proviene de las ideas orteguianas examinadas: si la naturaleza y los hechos humanos funcionan dentro de su ámbito particular, en un cambiar incesante, su esencia resulta imposible de ser captada por nosotros, a no ser que lo hagamos sintetizarla. El único modo de hacerlo es mediante el méto-

do analítico que supone una intervención, una manipulación de los hechos de los fenómenos históricos, que por lo tanto permitirá decir algo de la realidad desde ese nivel, distinto al natural y al de los hechos, el analítico, el de los métodos de conocimiento.

El método formal a causa de su valor sintético confiere a sus resultados un carácter concentrado, porque articula los fenómenos examinados en momentos determinados. Desdeña el abarcarlo todo para llegar a una condensación final. Y, por lo tanto, el historiador se conforma con una representación de los fenómenos, aceptando que maneja entidades mínimas representativas.

Un aspecto adicional de la cuestión de suma importancia para el método orteguiano es la cuestión de la perspectiva. Debido a que el método formalista abandona todo intento de explicación totalizador, se ve obligado a elegir una *perspectiva* desde la que abordar la realidad. Quizás debiera decirse que el perspectivismo se impone como un presupuesto de trabajo. Se adopta un ángulo de visión abarcador de la realidad estudiada en sus diversos aspectos, ésta es su forma de conjugar un conjunto de realidades.

En *España invertebrada* se habla poco de la perspectiva o de la función que desempeña en el análisis, sin embargo su impacto y función resultan evidentes. Tras abordar las cuestiones de integración y su importancia para la creación de una nación, leemos lo siguiente: «Desde estos pensamientos [integración como base de la nacionalidad], como desde un observatorio, miremos ahora en la lejanía de una perspectiva casi astronómica el presente de España» (*España invertebrada* 38). Ortega se da cuenta de que pasa del plano de elucubración teórica a indagar en las páginas siguientes el separatismo vasco y catalán. Indica la distancia que separa lo teórico, sus ideas y la realidad nacional, pero explicita que ésa será su perspectiva, el punto de mira desde donde ponderará las características y cualidades del separatismo en los dos países del estado español con una tradición independentista.

A primera vista parecería que el filósofo simplifica la problemática nacionalista, al examinarla con una sola lente, a diferencia de historiadores que gustarían de acumular detalles y minuciosas particularidades de índoles diversas, desde lo geográfico, lo religioso, lo étnico, y la lengua. El problema con tal acercamiento es que impide la síntesis que llevará a captar los problemas suscitados por la cuestión en una clara y sucinta propuesta. Lo cual ayuda en la práctica, pues si el diagnóstico queda explicitado, se podrá recetar una cura.

El asunto de la perspectiva ha sido tratado por infinidad de autores, y sigue siendo tema de investigación para los antropólogos y narratólogos. Hoy en día se tiende a pensar que al imponerse una perspectiva, por bien argumentada que parezca, se violentan las posibles perspectivas de los oyentes o lectores. De ahí que exista toda una literatura crítica, florecida significativamente en los años precedentes a la celebración del quinto centenario del descubrimiento de América, conocida por el marbete de estudios colonialistas.

En la cita incluida antes notamos además de que el escritor se valía de un conjunto de pensamientos para estudiar la cuestión del nacionalismo, el adjetivo que acompañaba a la palabra perspectiva: astronómica. La distancia entre el

problema y la perspectiva queda marcada por su extraordinaria longitud, indica que don José reconocía la importancia de, y perdóneme el lector la expresión, lanzarse al espacio mental con una especie de paracaídas (tejido con las ideas que conforman la perspectiva), y aterrizar en un tema, el nacionalismo u otros, como hará en multitud de publicaciones. La virtud del método consiste en saber tratar las cuestiones a distancia, con una capacidad teórica. La advertencia preliminar del libro lo indica:

No creo que sea completamente inútil para contribuir a la solución de los problemas políticos distanciarse de ellos por algunos momentos, situándolos en una perspectiva histórica. En esta virtual lejanía parecen los hechos esclarecerse por sí mismos y adoptar espontáneamente la postura en que mejor se revela su profunda realidad (*España invertebrada* 23). El lector queda advertido de cuánto me he empeñado en sistematizar, denominándolo el modo formal.

El método formal consta, pues, de dos herramientas de trabajo. El primero es la adopción de un punto de vista, de una postura que conforma o filtra a modo de lente las ideas motoras de un pensamiento intelectual particular, de un modo de concienciarnos ante la realidad. Arracimado con esta noción de la perspectiva vimos en los comienzos de este apartado referido al método formal el concepto de estructura, el hecho de que el conocimiento se organiza siguiendo líneas dinámicas, en las que aún queda energía, en lugar de intentar sumar ideas aplastadas por la racionalidad, escasas de vida. Ambos instrumentos, la perspectiva y la estructura o la forma, conceden al pensamiento orteguiano una entidad moderna, que permite al escritor situarse ante la realidad, dispuesto a entenderla según presupuestos históricos alejados de los sucesos. El conocimiento, la perspectiva histórica, actúa sobre los hechos exprimiéndoles su profunda realidad, en vez de su realidad aparente.

#### LO ORGÁNICO Y LO FORMAL

El calificar el problema de España con un vocabulario repleto de referencias biológicas del cuerpo humano nos permitió descifrar el carácter orgánico de la metodología orteguiana empleada para diagnosticar el mal o la enfermedad genética de la península ibérica. Este modo de conocer resulta, en mi opinión, algo estrecho, tiende a circunscribir la problemática contemplada al ciclo biológico de la vida: nacimiento, juventud, madurez, vejez. Entraña un implícito recorrido negativo, de la vida a la muerte, aunque quepan momentos de regeneración; sin embargo, las etapas biológicas resultan casi inmutables. Por lo tanto el diagnóstico del problema de España conlleva un innato pesimismo, parece abocado a entender el país bajo una lente oscura.

Además, dentro de la tradición cultural española, el cuerpo posee unas características poco halagadoras. El cuerpo humano ha sido inusualmente alabado por su belleza o por sus perfecciones. Existe una tradición escultórica con un fuerte matiz oscurantista, pienso en los imagineros de los siglos

XVII y XVIII, representando el cuerpo de Cristo asaeteado con crueldad. El Cristo de Velázquez reafirma esta impresión: el cuerpo carece de belleza física, su poder emana del carácter simbólico. La fuerza de la religión católica, enemiga de los placeres de la carne, domina el panorama imaginístico de todo cuanto se refiere a lo orgánico. El salto de la realidad a lo irreal se efectúa en la tradición española cuando el hombre de carne y hueso aparece en el horizonte.

El biologismo y las imágenes religiosas, literarias y visuales, tendieron a descalificar las posibilidades lúdicas y vivenciales en la cultura española. Por ello, al leer en Ortega múltiples referencias al país cargadas de negatividad debemos entenderlas en su contexto. El biologismo y la imaginaria católica entrañan un lastre enorme, y cuando don José pensaba en esos términos era imposible que su diagnóstico escapara al conocido.

Por el contrario, el método formal con el perspectivismo actuando de cabeza de lanza del conocer propicia un discurso con mayores registros. En primer lugar, el elegir una perspectiva supone un acto de humanización. Indica la aceptación por parte del escritor de los límites humanos del discurso, mientras el método organicista tiende a presentar la realidad como parte de una cadena del suceder humano actuando por motivaciones extra-humanas. Solamente el más grosero de los biologismos, el determinismo, carece de esa cualidad extra-humana. En consecuencia, el perspectivismo procede consciente de la miriada de perspectivas dejadas de lado. El humanismo nunca ha sido tan humano, porque acepta el saber en su auténtica proporción, en la escala de lo humano.

Ortega y Gasset utilizó una metodología híbrida en *España invertebrada*, cruzó el formalismo con el organicismo, consiguiendo que el problema de España, esa llaga viva en un país con perennes dificultades para acostumbrarse al nuevo estatus de potencia mundial media, saliera de la vía muerta a la que una continuada revisión organicista de la historia hubiera conducido, logrando gracias al método formal principiar en el discurso histórico entendimientos innovadores. Parece bastante posible que el madrileño se equivocara en ciertos asertos, el achacar a la Revolución Francesa y a la Ilustración los problemas de falta de minorías o la creciente soberbia de las masas. También se nota una cierta inconsciencia en su explicación de la falta de minorías en el país, pues en un momento culpa a la ausencia de un verdadero feudalismo y en otro a la Ilustración. En cualquier caso, lo extraordinario del libro proviene de que gracias al formalismo de su método logró abrir la historia de España a un discurso plural. *España invertebrada* supone una piedra de toque a todo el pensamiento posterior referente a España, desde Américo Castro, pasando por Claudio Sánchez Albornoz, hasta llegar a Eugenio Asensio, puesto que inaugura la discursividad sobre el tema. Ortega es el primero que presenta un análisis de un aspecto cultural español y lo acompaña con sus justificaciones metodológicas. Seleccionó unos aspectos de la historia de España y les dio una determinada perspectiva, consiguiendo así un discurso, que no una lección a lo Marcelino Meléndez Pelayo, con el que se puede debatir, dialogar, en fin, se puede discursivizar.

## BIBLIOGRAFÍA

- CASSIRER, ERNST. *An Essay on Man: An Introduction to a Philosophy of Human Culture*. 1944. New York: Double Day, 1953.
- GULLÓN, RICARDO. *La novela lírica*. Madrid: Cátedra, 1984.
- HOFFMAN, FREDERICK J. *The Twenties: American Writing the Postwar Decade*. New York: Collier, 1962.
- LÉVI-STRAUSS, CLAUDE. *Structural Anthropology*. 1958. London: Penguin, 1972.
- MARÍAS, JULIÁN, *Historia de la filosofía*. Madrid: Revista de Occidente, 1941.
- ORTEGA y GASSET, JOSÉ. *España invertebrada*. 1921. Madrid: Alianza, 1988. Vol. 13 de *Obras de José Ortega y Gasset*. Ed. Paulino Garagorri. 31 vols.
- . «El método de las épocas y la sociedad europea». Prólogo a *Las épocas de la historia alemana*. De JOHANNES HALLER. Buenos Aires: Espasa-Calpe Argentina, 1941. *España invertebrada*. Madrid: Alianza, 1988. Vol. 13 de *Obras de José Ortega y Gasset*. Ed. Paulino Garagorri, 31 vols.
- PÓRTOLES, JOSÉ. *Medio siglo de filología española (1896-1952): Positivismo e idealismo*. Madrid: Cátedra, 1986.
- WHITE, HAYDEN. *Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*. Baltimore: Johns Hopkins UP, 1973.